

CHARLO LÓPEZ

Mapa de adoquines de Ciutat Vella

Desayuno aquí cada mañana. Café solo, sin azúcar, sin leche, sin premios. La silla de plástico que finge ser de madera cruje al sentir mi peso. La Ronda Sant Antoni todavía está medio desierta. El olor a sudor de esta frontera entre barrios se mezcla con el de grasa de la freidora, el café aguado, el comino que utilizan los vecinos con piel de color lenteja y las alcantarillas que culebrea bajo nuestros pies. Mis diez minutos de ser Imanol antes de enchufarme la placa y convertirme en el agente Uribe, la misma persona pero con más dolor escondido.

Lo veo llegar desde lejos. Allí aparece Machocho, con sus sesenta kilos de huesos encorvados dentro de una sudadera llena de ronchas que le queda grande como un sudario, con la cabeza gacha y esa cojera de la que nunca me ha explicado nada. Será de una pelea, alguna deuda que no debió tener, un niño que vive por encima de la Diagonal y que baja a esta zona buscando personas que no se lo parezcan con las que divertirse antes de volver a su realidad. Safaris urbanos.

—Jefe. ¿Tiene un eurillo?

Saco el billete de cinco del bolsillo del uniforme. Siempre tiene el mismo pliegue. Lo preparo en casa, antes de salir, doblado en cuatro. Lo guardo en el bolsillo pequeño que no uso para nada más. El bolsillo de Machocho.

—Gracias —dice, y se gira.

Hay un tipo en la mesa de al lado. Turista, latino, mochila, auriculares colgando. Cuarenta años, cara de no haber dormido bien, cara de haber llegado ayer en avión

desde algún sitio donde la vida tiene otras texturas. Machocho le mira con esa sonrisa suya de piano roto. El tipo le mira con la condescendencia del que está de paso y puede permitirse ser buena persona porque en cuarenta y ocho horas estará en otro lugar. Cuando viajamos tenemos esa oportunidad de ser otras personas durante unos días. Yo ya no viajo.

—¿Sabe quién es ese? —le dice Machocho al turista, señalándome con su mugroso dedo huesudo—. Ese es un ángel.

El turista me mira. Yo miro el café aguado sobre una mesa de plástico que como su hermana de cuatro patas también intenta parecer madera.

—Un policía, sí. Pero un ángel. —Machocho saca una silla y se sienta entre los dos sin que nadie le invite—. Fue hace años. Yo estaba... pasando una mala temporada. Bueno. Ya me entiende. Y este hombre desayunaba aquí cada día antes de empezar el servicio. Y cada día me llamaba. Eh, chaval. Y me daba algo. Siempre. —Pausa de actor—. Me salvó la vida.

El turista asiente con esa cara de estar experimentando una Barcelona auténtica.

—Somos amigos de la calle —dice con orgullo Machocho.

Me termino el café. Está frío. Debería haberme marchado hace cinco minutos, pero me he quedado quieto, escuchando una versión de mi vida que Machocho lleva años contando y que no tiene nada que ver con la realidad, pero que en algún sentido me resulta más soportable que nuestra verdadera historia. No hay policía bueno.

Yo llegué a Barcelona con veinte años, huyendo del gris del norte, de la sensación de que el mundo tenía setenta metros cuadrados y que en esos setenta metros cuadrados me iba a enterrar. Vine con una mochila y la dirección de un primo que a las tres horas dejó de coger el teléfono. Me quedé de todos modos. Me quedé mejor. Barcelona no te pide muchas explicaciones si llegas con hambre, y yo tenía mucha hambre.

Encontré trabajo de camarero muy rápido, un piso en Sants que olía a humedad y con las huellas en las paredes de los inquilinos anteriores contándome historias que ellos habían vivido. Encontré la noche, que en Barcelona no es una metáfora sino una dirección. Y en la noche encontré a Jose Mari.

En el *Magic*, en el Born, una noche de sábado en que la barra estaba tan apretada que los cuerpos se tocaban sin querer. Nadie protestaba porque así funciona la noche, haciendo amigos en los baños. Tenía mi edad, quizás un año menos o quizás un año más. Él era de aquí, de Barcelona de verdad, cuando aún había gente de Barcelona. Se movía con soltura en la oscuridad de los sótanos: sin disculparse, sin empujar, fluyendo. Aún tenía todos los dientes. Tenía luz. Tenía una piel de un color aceituna que ahora, si cierro los ojos, sigo viendo exactamente igual que hace años.

Se le acababa de morir la madre y quizás la abuela. Puede que las dos de golpe, o casi. Me lo contó una mañana mientras amanecía a nuestras espaldas, en ese momento en que la química te abre la boca antes de cerrarte la memoria, en el sofá de alguien sin nombre en un piso que tampoco tiene dirección. Se había quedado solo con una herencia pequeña y unas ganas enormes de autodestruirse con elegancia, que es la mejor forma de terminar con uno mismo y huir hacia adelante

de la tristeza. Yo le entendía. Yo también había llegado huyendo, aunque lo mío era más abstracto que un duelo.

Andábamos en los mismos sitios. El *Magic*, el *Apolo*, el *Sidecar*, bares del Raval que ya no existen o que existen con nombres distintos para gente distinta. Compartimos durante años el mismo catálogo de maneras de desperdiciar el tiempo. Era de esa clase de personas que aparecen y desaparecen de tu vida con la misma naturalidad con que pasa el tiempo, y que por eso resultan imposibles de olvidar.

Hubo una noche en algún sitio que ya no existe. Una pastilla partida con los dientes en un baño, la música sideral del dj retumbando en los azulejos, el olor a cloro y a hombres, a sudor, a corridas. Esas cosas pasan en un paréntesis que se cierra solo y no vuelve a abrirse. Momentos entre hombres que ocurren en un baño y que la memoria archiva en el fondo de su mapa.

Después le vi con gente más chungueta. Camellos de poca monta. Ladrones de turistas a los que yo no perseguía porque para qué correr detrás de una liebre. La clase de gente de la que su madre le habría apartado si su madre hubiera seguido viva para apartarle de alguien. Cada vez que nos cruzábamos, Jose Mari tenía los ojos un poco más opacos y la memoria un poco más débil, hasta que empezamos a olvidarnos. Poco a poco dejó de ir al *Magic*, al *Apolo*, al *Sidecar*. Dejó de ser Jose Mari. Desapareció en el sumidero de las calles como desaparecen las cosas que no tienen a nadie que las recuerde.

Yo me fui al Vallès, a la academia de las personas que parecen buenas. Cuando volví ya era el agente Uribe. Una persona diferente. Eso me digo.

La primera mañana que desayuné aquí, en esta terraza, con el uniforme recién estrenado y la soberbia intacta del que acaba de ponerse una placa, se me acercó un tipo a la mesa. Olía a rancio, con esa suciedad que ya no es mugre sino sedimento. Le faltaba el colmillo izquierdo, una pala, algún incisivo, y el resto de dientes ya estaban en lista de espera para ir cayendo.

—Jefe, ¿tiene un eurillo?

Levanté la mano para apartarle. Y entonces le vi los ojos.

Hay personas a las que los años no les cambian los ojos, solo los hacen opacos. Jose Mari tenía los mismos ojos que había tenido siempre: oscuros, grandes, con ese punto de luz en el fondo que no termina de apagarse del todo.

Bajé la mano. Saqué cinco euros doblados en cuatro. Se los di sin decirle que le conocía. Sin decirle que yo era el de la pastilla partida con los dientes, el del cubículo, el del paréntesis que no se cierra del todo aunque uno diga que sí. Él cogió el billete, se fue cojeando y yo me quedé mirando su espalda hasta que dobló la esquina y desapareció por la calle de la Cera.

Desde ese día, volvió cada mañana.

No sé si me reconoció entonces. No sé si me reconoció alguna vez. Él ve al mosso que le da cinco euros. Al ángel de los buenos días. Al hombre bueno. Y yo no le corrijo porque necesito que alguien me vea así, aunque sea mentira, aunque el único que me ve así sea un yonki desdentado que no recordaría mi cara si no me viese sentado en una silla de plástico que intenta parecer de madera. No hay policía bueno.

Le llamo Machocho porque así me resulta más manejable. Es más fácil cuidar a alguien cuando lo has convertido en una mascota. Es más fácil creerte el ángel si al otro lo conviertes en objeto. Llevo ocho años practicando y todavía no me sale del todo. Volveremos mañana a vernos y yo recordaré a Jose Mari; me volveré a despedir de él al verle llegar. Hasta mañana, Jose Mari.